



EDICIÓN ESPAÑOLA

Méndez Alvaro, 2, 1.º - Apartado 547.

Horas: de dos á cuatro de la tarde

CARAS BONITAS

SUMARIO

- DOCTOR AGRE
Sección vermouth.
- ISMAEL LOKI
A través del Espacio.
- SALVADOR G. AVELLAN
Limosna de amor.
- ADOLFO SANCHEZ CARRERE
Musas livianas.
- MERCEDES CALVO
Volupta.
- MANUEL DOMÍNGUEZ
Los bailes clásicos: «The Forteen Club».
- ADOLFO LLUCH
Del arroyo.
- VÍCTOR SARABIA
y EZEQUIEL ENDÉRIZ
Luna de miel (continuación).
- MATEOS, TINO, STRIANO, C.,
GE-COR, MOR y A. ORDÍZ
Varios dibujos y retratos de «Bella Laura» y Manolo Gracia.



BELLA LAURA

Hermosa cupletista que ha realizado una brillante "tourné," por las Galias.

(Fot. «Goya y Nadie».)

5

céntimos

Biblioteca Regional de Madrid

SECCION VERMOUTH

Filosofía á lo Ortiz de Bombarda

Año Nuevo: vida nueva». Y la frase proverbial que de generación en generación vienen pronunciando los seres racionales y de los otros que forman la Humanidad, se confirma plenamente en cuanto al año que, en efecto, suele ser nuevo; pero, ¡ay!, con lo de la vida nueva ocurre otro tanto que con lo del subsuelo nuevo y con lo de la Nueva Gran Vía.

¡Vida nueva! ¡Sí, sí! ¡Buenas se están poniendo las cosas—y aun las personas—de la vida para que encontremos en ella ninguna novedad...!

USOS Y COSTUMBRES



—Ove, Julián: ¿verdad que siempre se brinda á la salud de la novia?

—Sí; pero tiene razón ésta: á quien más falta le hace salud es á él». Biblioteca Regional de Madrid

La vida, que, por mil razones, nunca pudo ser nueva, cada día será más vieja, y si ningún axioma necesita demostración, ésta la necesita mucho menos. Cuantos lectores de ambos sexos hayan vivido la vida intensamente, podrán certificar de este extremo.

Pretender novedad en las cosas de la vida equivale á pedir peras al olmo, si quiera nos quepa el consuelo de saber que, reciprocamente, el olmo tampoco puede ofrecernos novedades; pero que, en cambio, no es difícil encontrar peras en la vida. Esto, después de todo, y aun antes, siempre es un consuelo.

La vida es anciana, y ancianas las criaturas que la integran, que podrán ser jóvenes, pero que jamás son nuevas.

Argumentar á este respecto será obra de todo un tratado de Filosofía que mi compañero el doctor Ortiz de Bombarda publicará á breve plazo. Por hoy contentémonos con la afirmación á secas.

Y digamos: «Año Nuevo: la misma vida»; y si así se cumple, nos podremos dar por muy «sastifechos».



En estos días «pascuales» sale á nuestra superficie cuanto hay de piadoso en nuestro íntimo. (Conste que no nos referimos á ningún amigo del alma.)

El amor mercenario, que de continuo, en tiempo normal, nos repugna, estos días nos mueve á piedad. ¡Ya lo creo que nos mueve!

Las pobres mercenarias se nos antojan estos días más dignas aún de compasión. ¡Mercenarias! Ello mismo lo dice: que hacen más «mercedes» de las que son menester...

Y no es porque en los días de Pascua las pobrecillas se estrellen ante la indiferencia del transeunte—que, para cuándo no es Pascua!—, sino por-

que no falta quien pretenda pasar una Noche-buena á costa de que las desgraciadas mercenarias la pasen mala...

También á ellas cumple decir: «Año Nuevo: vida vieja.»

Y eso que hay viejas á quienes en estos días las han «puesto como nuevas»...

DOCTOR AGRE.

A través del Espacio

AMANECÍA. Ignoro qué hora; pero indudablemente sería una hora ú otra cuando, embargado por la consiguiente emoción, el que suscribe llamaba con los nudillos en la puerta del antro infernal.

—¡«Croc... croc»!...

—¡Quién es!—preguntó desde el interior una voz cascada.

—Soy yo. Abrid.

—Bueno. Y... ¿quién eres tú?

—Loki, el condenado Loki...

—¿El de las camareras?

—Sí, el mismo, que viene á conferenciar con Satanás. ¿Abres?

—¡Ya lo creo! Como que te estábamos esperando hace días. Pasa, pasa...

Y, abriéndose un portalón, Satanás «en persona», apareciendo ante mí, se arroja en mis brazos.

—¡Ay, Loki!...

—¡Reconcho! ¿Me conocías?

—¿Cómo no, si todas las noches hablamos de ti y nos reimos mucho!... Pero, oye: ¿qué es eso que llevas en la frente?

—¿Esto? Mi salvoconducto. Para ir á conferenciar con Satanás, hay que arrojarse por el balcón ó pegarse un tiro... Yo me decidí por esto último, y me lo tiré.

—Bien; ya te has tirado algo... Y ¡qué! ¿Que me cuentas de por allá?

—¡«Hombre»!... Precisamente he venido para contarte algo de por allá. ¿Sabes para que deseo colaborar en la HOJA?

—¿DE PARRA? ¡Cuánto me alegro! Es la revista más «decente» de Madrid.

—Perfectamente; pero yo necesito algo que me falta y que tú puedes proporcionarme.

—Tú dirás.

—En primer lugar, quiero ser gracioso, quiero hacer reír.

LOS DE ESTE AÑO



MANOLO GRACIA

Novillero za gozozano que, á juzgar por el final de la temporada pasada, va á ser de los que más toren en la próxima. Los chicos de LA HOJA sentimos admiración por las «cosas» de Gracia.

—¡Bah! Esto es fácil: cáete de bruces en medio de la calle y cháfate los hocicos. Ya verás cómo se ríen...

—Quiero ser inviolable...

—Tampoco es difícil: ponte un cascado, y...

—Quiero que, mujer que mire, hembra que caiga.

—¿Nada más?

—Sí; que se mueran todos los caseros del mundo.

—Y... ¿nada más?

—Sí; que revientes tú...

—¿Eh?...

—Que revientes, sí; por tu culpa, un día ó una noche me cobra el casero, ó me falla una mujer, ó no hago reír sin caerme de bruces, ó me violan... ¡Por algo me habré yo soltado un tiro! Y ahora... Adiós; me vuelvo á mi tierra...

—Pero... ¡oye, maldito!...

—¡Adiós!... ¡Adiós!...

—¡Ooove!... ¡Que al diablo no se le dice «Adiós»!...

—¿No? Pues... ¡toma!—Aquí estalló una diabólica bofetada que resonó tétricamente en el hueco insondable del Espacio...

ISMARL LOKI.

Limosna de amor

La escena tenía lugar en plena calle, á la salida del trabajo... Se habían separado hacía dos días por una «tontería» de las muchas surgidas á diario entre ambos.

Ella había venido á esperarlo á la salida de la fábrica con propósito de hacer las paces. No podía más. La noche antes no pudo descansar. Pensando en él se pasó todas las horas...

El disgusto empezó... por una sola palabra que ella pronunció sin «intención de molestarle». El estaría malhumorado, y por esto le cayó mal, sin duda. Se agrió la cuestión, y... si no sobrevinieron los golpes fué... porque su «dignidad ideal» puso un freno al instinto salvaje que en él se despertó. Resolvióse, sin embargo, á la ruptura... No se podía seguir así... Afortunadamente, no tenían hijos que sufriesen inocentemente la culpa de ellos dos.

Amelia, en silencio, con llanto en sus pupilas y dolor en el alma, esperó lo inesperado; la hora de la partida. Y «se fué». Pero él volvería... ¡Oh!, sí, volvería...; el amor le tornaría al nido amado, donde quedaba la pobre compañerilla, sola y triste, tan desam-

EN BUEN ESTADO



—¿Te encuentras bien desde que nos casa-

—¡De nascido bien, Adolfo; demasiado bien!

GATO POR LIEBRE

TINO



—Le juro que el filete que le serví era verdadero...

—Es posible; pero, entonces, era falsa la ternera.

parada como triste y sola... ¡El volvería!...

...Había llorado mucho, y no había probado bocado de pan. María Antonia, la vecina, cuyo marido la trataba á palos todos los días, sin atreverse á iniciar siquiera la separación, le ofreció pan y... un poco de «consuelo».

—No se apesadumbre usted por tan poco... En todo caso, si no vuelve, á la edad suya y con ese palmito, no han de faltarle hombres...

Sin saber por qué brotó espontáneo en el corazón de Amelia una invencible repugnancia hacia aquella mujer...

—Muchas gracias, vecina; no tengo gana... He sido yo quien he tenido toda la culpa... Me lo tengo merecido...

Y siguió llorando; toda la noche se la pasó llorando. A eso de las dos creyó escuchar sus pasos... Era el vecino, el marido de María Antonia, que regresaba de la taberna, donde se había dejado el jornal...

...E hizo propósito de buscarle al otro día, aunque él le escupiese á la cara por su «humillación». ¡Así le amaba ella, la dulce Amelia!...

—¡Qué! ¡Se te ha «pasao» ya el disgusto?—le interrogó al abordarle, mientras sonreía con dolor.

El casi no quiso contestarle.

—¿Y por qué has venido?... Tú y yo no hacemos ya «na»... No es posible que lo hagamos...

Siguieron andando, y tras unos minutos de silencio balbuceó Amedia:

—Parece mentira, hombre!...

—Sí; pero es verdad...

Ella parecía implorar hasta con la mirada, y él ni siquiera con la voz se mostraba propicio al «perdón»...

—Sí, ya sé que tienes el corazón duro; pero vente á casa.

—¿Has «venío pa» á buscarme porque no has comido?...

Amelia sintió un nudo en su garganta. Casi sin poder hablar, habló:

—Por el «peazo» de pan te quise siempre... Siempre he «sío» pobre, hasta «pa» desear: mi única ambición al unirme contigo fué esa: tener un «peazo» de pan que llevarme á los labios...

—¿Y has «venío pa» esto? ¿Y tú crees que nosotros podemos «chaser» las «pases»?...

En los ojos de Amelia, ojos en que el dolor marcó su imborrable huella,

asomó sólo una lágrima. Pero Juan ni pudo verla. En todo el trayecto no la miró á la cara.

Al llegar á la esquina, intentó él dejarla sola.

—No te vayas—lloró, cogiéndole de un brazo, sin reparar que se hallaban en la calle—. Juan, no te vayas; no me dejes, por lo que más quieras. Yo he «venío pa» que me des... llevas razón... «pa» que me des una limosna de pan, pero no de ese pan que sirve como alimento al estómago. El pan que yo te «pío» es... el otro. Pan de amor, de ese que sirve «pa» darle de «comé» al corazón, y sin el «cua» no se «pué viví»... Una limosna, Juan, una limosna. Te quiero en casa, y... mira: si me «aborreses» de «verdá pués» pegarme cuanto quieras; hasta matarme á golpes...; ¡pero no me mates así, de abandono!

Y ¿qué había de hacer Juan? Dejarse llevar de ella, de su Amelia.

SALVADOR C. AVELLAN.

DEL NATURAL



Biblioteca Regional de Madrid

En estos días, el que más y el que menos lleva lo suyo debajo del brazo bastante debajo

MUSAS LIVIANAS

Ester

USTEDES, seguramente, la conocerán.

¿No? Ni falta que les hace.

Demejante afirmación no va en menoscabo de su hermosura.

Todo lo contrario.

Ester es guapa. Muy guapa. Tanto, que si alguno de ustedes la conociera, quizá á estas horas anduviese por ahí hecho un «padre»; es decir, «de coromilla».

Es morena. Muy morena.

Su pelo es endrino. Sus ojos, de azabache.

En contraposición de esta negrura está su carne, que es nieve, y sus labios sangrientos, que son una puñalada mortal.

No hay hombre que al verla por primera vez no se detenga para contemplar su rostro de macarena, y exclamar con admiración encendida en deseo:

PRESENTIMIENTOS

MATEOS

TWO



Ella.—Le estoy diciendo á «Sultán» que no

—¡Qué cara!

Después, cuando llegan á tratarla, aunque sólo sea por encima, siguen diciendo lo mismo.

Esta hermosa mujer, que, según confesión propia, ha querido mucho sin llegar á amar nunca, sólo se acuerda de «sus hombres» cuando los tiene delante.

Al hablar Ester, orgullosa y mayestática, de «sus hombres», no exagera, pues siempre son varios los que le andan al retortero, sirviendo de juguete á sus caprichos de niña mimada por la Fortuna.

Entre estos caprichos figura el de «arrojarse» á los principales toreros para demostrarles así su admiración entusiasta y decidida.

¡Algunas coletas de fuste lleva despeinadas!

Por cierto que Joselito no la acabó de llenar.

—El día que fui á verle—me dijo—, yo esperaba una buena corrida. ¡Sí, sí!... ¡Valiente decepción! No mató bien mas que el primero.

El grupo de «sus hombres» es numeroso, y entre ellos, aunque parezca mentira, los hay inteligentes y hasta literatos.

Dívalo, si no, un joven y delicado poeta que por ella bebe los vientos... y algo más embriagador que los vientos.

¡Cuántas bellas poesías pasionales de las que le dieron renombre habrán sido inspiradas seguramente por esta deliciosa criatura en una hora de placer!... O en media hora... O en un cuarto.

Ella corresponde á esta pasión con la suya, y le quiere, le quiere mucho, lo cual no quita para que le engañe de vez en cuando con un amigo.

Así es la vida; mejor dicho, «su vida». Como á ella le gusta.

—A mí déjeme de poesías y romanticismos—dice Ester—. Yo prefiero que me digan las cosas sin rodeos: tal y como son.

Al hacer esta declaración no ha mentado.

Ester se «pitorrea» de los hombres retóricos.

Gusta más de los francos.

Por eso, sin duda, se rinde fácilmente á todos, cuando le hablan con

ASPIRACIONES



—¡Otra vez agual! ¡Qué ganas tengo de ser señorita para que me la entren á mí!

Ester y el poeta están ahora disgustados. No se entienden.

¿Por qué? Porque ella, con su característica sinceridad, confesó que el idilio le aburría.

¿Pensarán en volver á «arreglarse» y entenderse?

Seguramente que sí.

¿Y volverá ella á hacerle de las suyas?

Tampoco puede dudarse.

¡Pobre poeta!

Tu historia es triste, como la de Pierrot, como la de todos los hombres que son artistas delicados y soñadores y por ley fatal ponen su amor en una Colombina, sin pararse á discurrir que ésta, esclava de la leyenda crucial, tiene que destruirles el corazón entre los

cantar su cariño, se elevan confiados en alas de su loca fantasía hasta los cuernos de la Luna!

ADOLFO SANCHEZ CARRERE.



Volupta

La perversa lascivia de tu boca bermeja y el calor incitante de tu aliento ideal, estremecen mi cuerpo, que una fiera semeja al contacto enervante de tu carne sensual.

Cuando, en noches felices de espasmos lujuriosos, mis brazos, insaciables, te estrehan con pasión, sobre mis labios pálidos, tus labios, ardorosos, modulan, del pecado, la mágica canción.

Y, cuando el Sol alumbrá los campos verdicantes do camina una alegre parejita de amantes, heraldos envidiables de la Felicidad,

advierto, al ver tu cuerpo, de una nivea blancura, y la línea ondulante de tu esbelta hermosura, que adoro en ti el emblema de la perversidad.

MERCEDES CALVO.

Para toda clase de anuncios en esta Revista, dirigirse á D. Francisco Pastor, Juanelo, 1, segundo.

DE LA CALLE



Región de Medicina. En algunos días velamos toda la noche.

—¿En el taller!

LOS BAILES CLÁSICOS

The Forteen Club

ESTÁ situado este baile en la calle del Barco, en un edificio destinado antiguamente á cinematografo con el nombre de «Edison Cinema».

Ahora, Terpsícore se ha hecho dueño del salón, y ha desalojado á Gaumont y Pathé, poniéndoles á la intemperie sus kilométricas é infantiles películas de «Toribio», «Max Linder» y «Robustiano», y substituyéndolas por un piano de manubrio que se levanta en una tarima de madera, en el centro del salón.

Al vernos, un portero uniformado nos saluda con voz meliflua y nos entrega una invitación, alzando después la cortina de terciopelo verde para dejarnos paso franco á un muy largo pasillo, al final del cual está el guardarropa.

—Ahí va... ahí va... el mantón y el

paraguas; y no me lo confundan, que el mantón es nuevo... Hace seis años que le compré—dice descarada y con desparpajo «Rosa la Cebolleta», entonando, burlona, una canción de «La corte de Faraón», y dejando las susodichas prendas encima del mostrador.

—Toma la chapa, chica... No te quejarás: haces el 69—la responde irónico é intencionado el encargado del guardarropa, entregándola una chapa.

—¡Eso lo hará tu tía!... ¡Encanijao!

En esto llega «Manolo el Caireles», chulo de ceño severo, que luce su tipo tenoriesco, presumiendo con las hembras por la plaza del Dos de Mayo. Deja toda su indumentaria, consistente en una bufanda de lanilla y una gorra casposa de color indefinido, y arrojando con desprecio una moneda de peseta sobre el mostrador, exclamó enfático:

—Ahí tienes... «peseta baticú».—Y, luego, rezongando entre dientes:—«Mia» que dar una «cala» por girar á «derechotas» tres horas «na» más... En fin... ¡suerte que «tié» uno!...

Y girando sobre los talones, puso punto á sus chulerías y dió media vuelta, internándose mefistofélico en aquel recinto consagrado al culto de la danza clásica.

La sala es del aspecto de la de un teatro. De cuatro puertas laterales cuelgan sendos cortinones de paño rojo con las iniciales T. F. C. entlazadas. En la parte superior de los testeros hay algunas ventanas entreabiertas para la renovación del aire y vapores caliginosos. Pegado en la pared existe un cartel blanco, en el cual una mano pintada de negro indica la dirección de una puerta con el siguiente letrero: «Tocador de señoras». ¡Será alusión al maestro Cabanillas?

En el frente del local hay una especie de escenario con un telón blanco. A los lados, varias macetas; en la parte

EN QUIEBRA



—¡Chica, los hombres que nos aman no quieren darnos más dinero!..

—Y, en cambio, los que nos odian, nos lo piden

baja de dicho escenario, un pequeño espacio de terreno destinado para la banda de la Sociedad, que dirige el aludido maestro Cabanillas.

Rodean el salón varias butacas ó sillas de madera. En el ambigú existen esparcidas y diseminadas varias mesas, con blancos y albos manteles, adornadas artísticamente con «bouquets» de flores, que forman un elegante conjunto, del aspecto de un banquete. Del techo pende gran profusión de bombillas eléctricas, formando caprichosos dibujos y proporcionando sorprendente iluminación y claridad.

A primera hora de la tarde abunda más el sexo masculino que el femenino, y todas las ansiosas miradas de los varones convergían en la puerta de entrada, esperando á las muchachas graciosas y bonitas, modistillas siempre alegres y risueñas que se deleitan y entusiasman oyendo las metálicas y monorrítmicas notas arrancadas del manubrio.

Ahora abrióse la puerta. En el semblante de ellos se dibujó una sonrisa de satisfacción; vislumbraban en sus magines á su correspondiente pareja, más bella que nunca, y... ¡oh, desilusión!..., el que entró era «Joaquín, el Niño de los Calcetines Calaos», chulillo de rostro cadavérico y pómulos salientes, que venía con aire triunfante de conquistador.

Pero, á los pocos minutos, la puerta volvióse á abrir. En su dintel apareció la cimbreña figura de «Lola la Florista», chiquilla joven, de rostro angelical, con claridades de nácar y esculpturales morbideces, quien, por la pequeña abertura de la falda, va luciendo las redondeces de unas muy bien formadas pantorillas, embutidas en sedosas medias transparentes, de sugestiva tenuidad, que emergen de sus diminutos zapatos de terciopelo negro, con hebillas de vistosa y falsa pedrería.

Todos los galanteadores dirígense á Lola con la misma pregunta y frases triviales de siempre:

—¡Bailamos, prenda?

—¡Vamos á bailar, cachito de jalea?... Acepte usted, y nos juntaremos de un modo... que riase usted del «sindetikón».

—¡Qué! ¡Bailamos?! ¡Sí, ó sí! No me mire usted de ese modo, que se me

«lengua la traba», y no puedo articular...

Ella para todos tenía una mueca de indiferencia y desdén y un gesto negativo vilipendioso.

—¿Quiere usted que bailemos esta polca?... Ande usted, preciosidad... A su novio le voy á envenenar con cho-

VERANIEGAS



He aquí un vestido que no deja nada que desear...

colate... «pa» que tenga una muerte dulce.

Así trataba, en vano, de convencerla «El Niño de los Calcetines Calaos».

Mas en este momento entró su verdadero novio, un pollo de rostro completamente rasurado é indumentaria señorial, y... ante su presencia, todos los jóvenes galanteadores... se volvieron mudos.

Sofocada y nerviosa, cegada por la ira, penetró en el guardarropa una señora de bastante edad, profiriendo con voz agria y convulsa estas palabras:

—¿Dónde estará esa perdida?... ¿Le parece á usted qué poca vergüenza!— dijo encarándose con el portero.

—¿Qué la pasa á usted, señora?

—Ya ve usted: que á mi hija... una muchacha decente... no crea que es una «pelandusca» cualquiera... la han pervertido y engolfado sus amigotas y la han traído á este baile... y, la verdad, no estoy dispuesta á tolerarlo...

El portero tuvo para ella esta frase ingenua y consoladora, que encerraba una filosofía digna de Shakespeare:

—Hace usted bien... Aquí no se

aprende «na» bueno... Además, del baile hasta el burdel hay una distancia más corta que diez céntimos de longaniza.

En los ámbitos del salón resonaron los compases de una habanera voluptuosa que ejecutaba la banda. Las parejas, excitadas por un oculto fulgor vesánico, bailaban y mirábanse con ojos lujuriantes y lascivos.

De pronto, invadió el local una obscuridad abrumadora, y sobre el lienzo blanco proyectáronse los siguientes carteles cinematográficos:

«Esta noche, gran baile de modistas. —Concursos de polcas con los pies atados y sin salirse de un pie cuadrado de terreno.—Gran concurso de tangos argentinos.—Al vencedor se le obsequia-

LO QUE ELLAS PIENSAN



rá con una copa... (no de plata), sino de lo «tinto».—A las diez, estupendo y superferolítico concierto por la Rondalla Española.»

Entretanto, y en armonía con el continuo y monótono ruido del aparato cinematográfico, percibíanse en el salón profundos y sensuales suspiros, rumores de frases entrecortadas y algún sonoro chasquido de un atrevido beso.

A pesar de las tinieblas en que estaba sumida la sala, se divisaba perfectamente á algunos divertidos bailarines con las manos escondidas, cual si estuvieran mancos, y otros que utilizaban las manos con la agilidad de un masajista.

—Esto es un abuso... Con pretexto de las películas dejan en tinieblas el salón para que se aprovechen los... frescos—protestó airada Irene, «La Chula de las Teas».

—¡Qué frescura más grande!—asintió «La Mellá».

—¡Sí que es grande!—agregó irónica, mirando picarescamente á su novio, «La Niña del Perejil».

En este momento se hizo la luz, é iluminóse el salón, y, ante la vista de la horda bullanguera, apareció un espectáculo de sarcasmo y ludibrio.

«La Chula de las Teas», la que minutos antes protestaba de la obscuridad, estaba en un rincón del salón en amoroso coloquio y viscoso contacto, sentada en las «rodillas» de su novio «El Botines», camarero de profesión, con los brazos entrelazados al cuello del galán, las caras muy juntas, los ojos igneos, ardientes de deseo, y en sus labios carmíneos aleteaba un beso. Al darse cuenta la muchacha de que la habían descubierto, un sudor pastoso invadió su rostro, y sus mejillas tiñéronse de arreból.

Cuando terminó el baile, la mole ingente se apiñaba formando cola en el guardarropa.

—¡Mi madre! ¡Van á dar las cédulas? ¡«Chayó», hay más cola que en una carpintería!—exclamó, jocoso, «Ramón el Estrecho», colocándose el último.

Tres ó cuatro empleados devolvían las prendas á sus propietarios, sin ninguna ligereza ni agilidad, motivo que solía originar frecuentes cambios en

—Oiga usted, que este paraguas no es de «menda».

—¡«Gachó»! ¡Vaya un «manús de la cobáis»! Mi gorra de «postin, fetel, fantasiosa y chula» me la han «cambiao» por un bolsillo de señora... Lo bueno que tenía es que la había «com-

EL MES DE LOS GATOS



—Psssss... Psssss...

prao» ayer en «La Burgalesa»... El fero era de seda y con un paisaje «dibujao» en él.

Así se lamentaba Andrés, «El Hombre de Celuloide», de su mala sombra.

Y á la protesta de éste surgió la de «Luis el Tancredo» y la de otros varios.

—A ver mi gabán..., que me le han «cambiao» por una pelerina.

Total, que, cuando salimos, todos teníamos canas...; pero todo es tolerable gracias á las simpáticas y bonitas modistas de Madrid que acuden á este baile

DEL ARROYO

AMPARO, enérgica y bravía, quiso resistirse aun.

—Y ¡quién va á comprarle á ese erío las medicinas que le han «retetao»? ¡Vamos á consentir que se muera «abrasao» por la fiebre?

Pero Manolo, impasible y cínico, acostumbrado ya á tales réplicas, contestó friamente:

—«Pa» eso estás tú buena: «pa» buscarle á tu hijo lo que le haga falta. Y «apoquina» pronto, que tengo prisa.

Y ella, en un arranque de ira y desprecio al mismo tiempo, le arrojó violentamente á los pies las últimas monedas de plata que le quedaban, apostrofándole:

—¡ Ahí lo «tiés, arrastrao»!; ¡y quiera Dios que te sirva de veneno cuanto pagues con él!

Manolo, entre indiferente y burlón, recogió el dinero y salió á la calle, ce-

rando ruidosamente la puerta tras sí.

Ya libre de aquel ohuón miserable, á quien odiaba queriéndole con toda su alma, Amparo rompió á llorar, desahogando la pena que habia contenido dentro del pecho. No; aquello no podía seguir así. Mientras ella se sacrificaba en todo, arrastrando una vida de penosas privaciones para cuidar a su hijo, enfermo, y dar de comer a aquel vago, él la obligaba á darle más dinero del que podía para gastárselo con otra. Bien se lo habian dicho. Y seguramente que no mentian, porque ya le creía capaz de todas las ruindades. Eso no debía tolerarlo. Que hiciera con ella lo que quisiera, que la consumiera y la matase a disgustos, no le importaba; pero engañarle con otra... Y, nerviosa, Amparo arrebujóse en su mantón, se arregló ligeramente el cabello que caía desordenado sobre su frente, y salió á la calle decidida á convencerse por sí misma de aquella canallada.

Al doblar la esquina, le divisó. Andaba despacio, jactancioso. No le sería difícil seguirle sin ser vista. Recorrieron varias calles, y, por fin, desembocó en la plaza de Santo Domingo, deteniéndose frente á la calle de las Veneras y encendiendo tranquilamente un pitillo. Ella le observaba ansiosamente al refugio de una esquina.

Poco después, acercóse á él una mujer bajita y regordeta, chillonamente ataviada. Indudablemente estaban citados, pues Manolo la cogió del brazo y, juntos, emprendieron la marcha, internándose por esas callejas oscuras y tortuosas donde el Madrid chulesco ostenta escandalosamente una de sus llagas más repugnantes. Amparo, sin vacilar, seguía tras ellos para escupirles á la cara todo el rencor que destilaba su corazón.

Ante una casa de miserable aspecto detúvose la pareja. Amparo vió que Manolo, sujetando del brazo á aquella mujer, pretendía hacerla entrar en la casa, á lo que ella se resistía tenazmente. Y comprendiendo por los ademanes enérgicos de ambos que habian entablado una disputa, no pudo contener por más tiempo su curiosidad, y acercóse cautelosamente. El ángulo que en la acera formaba la casa colindante la favorecía. Deslizóse hasta las espaldas de Manolo, y le oyó decir:

CARESTIA DE LA VIDA



—Caballero, la guerra lo ha sacado de casa y no tiene nada en Madrid... todo...

—¡Entra ahí, que se me está acabando la paciencia, y vamos á tener un disgusto!

—Y á mí, ¿qué?—replicaba ella con desparpajo—. ¿O es que tu te crees que vas á seguir riéndote de mí, como hasta ahora? ¡Maldita sea! Si ya no sé quién me da tragaderas para aguantarte tantas chulerías. O me das el dinero que me debes desde hace un año, ó voy á ser yo la que te de el escándalo padre. Conmigo has «terminao».

—Eso será cuando yo quiera. Que en no queriendo yo, magras—comentó él, prefencioso y despreciativo. Y luego siguió:—Si la culpa me la tengo yo, yo solo, por haberme «encaprichao» de una mujer como tú... ¡Ea!, entra ya, y ahí dentro arreglaremos cuentas, si hay que arreglarlas.

—¿Y aún tienes descaro «pa» decirme «si hay que arreglarlas»?—dijo ella violenta—. ¡Hase visto canalla mas grande! Vamos, déjame, déjame, Manolo, que estamos llamando la atención y no soy dueña de mis actos!...

Forcejearon un momento, él por sujetarla y ella por irse. Algunos transeuntes curiosos se detuvieron á corta distancia. Y la mujer, que discutía con Manolo, viendo la imposibilidad de desasirse de él, gritó en el colmo de la indignación:

—¡Suelta, suelta, ó de un «llavazo» te rompo la cara!

Y uniendo la acción á la palabra, levantó la mano, esgrimiendo una llave enorme, dispuesta á descargársela en pleno rostro. Amparo sintió una sacudida terrible en su corazón. La sangre se le agolpó en la cabeza, abrasándole las sienes. Iban á pegarle á él... Y, rápida, como la leona herida en el pecho, saltó entre la pareja, sujetó fuertemente con sus manos el brazo todavía en alto de aquella mujerzuela, y gritó gallardamente:

—¡Párate ahí, so «golfa»! Conmigo, conmigo es con quien debes atreverte.

El escándalo fué mayúsculo. Las dos mujeres se pegaban y arañaban con ensañamiento. Una, por repeler una agresión que no esperaba; la otra, por defender un derecho absurdo que se creía tener sobre un miserable.

La gente se arremolinó, y, á los pocos momentos, un guardia, separándolas á duras penas, se incautaba de las mujeres, que, con las ropas desmenuzadas y e pelo en desorden, seguían

DIMES Y DIRETES



—Luisita, ya «abas el refran: «No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy».

—Pues, entonces, ¿por qué no me das tu hoy los veinte duros?

insultándose mutuamente, mientras se dirigían á la Comisaría.

—A mí, ¿por qué tenias que pegarme, sinvergüenza!—chillaba la que había disputado con Manolo.

Y Amparo, terciándose nerviosamente el mantón, replicaba con orgullo:

—Y tú, ¿por qué le pegabas á ese hombre? ¿Con qué derecho? ¡Ese hombre es mío, y no le pega nadie mas que yo!

Y allá, al final de la calleja, eludiendo toda intervención en el escándalo, desaparecía cobardemente tras una esquina, el causante de la refriega...

LUNA DE MIEL

(Entremés, por Víctor Sarabia
y Ezequiel Endérix)

(CONTINUACIÓN)

A.—Pero ¿es posible lo que cuentas?

J.—Y más... Esta escena se repitió en Barcelona tres días, y en París, quince... Propuse el regreso, creyendo que en Madrid comenzaría mi vida normal, y... aquí estoy... Llevo un mes, y sigue repitiéndose la escena del hotel de Zaragoza... No me deja un instante á solas con su hija; no la he podido hablar sin su presencia ni un minuto... Y sufro este tormento espantoso y sin ejemplo...

A.—Esta situación no puede prolongarse.

J.—Ni quiero que se prolongue. Ahora mismo huyo del hogar.

A.—Eso, nunca: echa á la suegra por el juzgado.

J.—Y como he de manifestar la causa que me obliga á proceder contra ella, me expongo á la rechifla general.

A.—Chico, chico, esto es bastante grave.

J.—Tú verás qué hago.

A.—Llevarla á una corriente de aire, á ver si pesca una pulmonía doble.

J.—¡Ca! Con ella no pueden ni las pulmonías.

A.—Necesitas un recurso..., el recurso supremo...: sacarla de casa; ahuyentarla...

J.—Pero ¿cómo?

A.—Le vas á hacer el amor...

J.—¿Eh?

A.—Lo dicho: te declaras pintándole una pasión volcánica, avasalladora... Si quiere á su hija, huye de casa...

J.—¡Y si me corresponde!...

A.—La echas á patadas.

J.—Haré la prueba...

A.—Pero en seguida... Esto necesita un remedio enérgico... Te digo...

J.—Ni una palabra más... Eres un buen amigo. No te acompaño porque voy á poner en práctica tu consejo.

A.—Buena suerte... Me contarás el resultado.

J.—Descuida... Dispénsame.

A.—De nada... Hasta pronto... Mucha suerte...

(Mutis por el foro. Julio le acompaña hasta la puerta. Entra Robustiana. Al volverse Julio, ve á su suegra.)

J. (aparte).—La tengo á tiro. Ahora mismo me lanzo.

ROBUSTIANA.—¿Todavía estás aquí?

J.—Aquí.

R.—¿Con quién hablabas?

J.—¿Y á usted qué le importa?

R.—Mucho. Necesito saber qué personas entran en mi casa.

J.—¿Esta casa es de usted, ó es mía?

R.—Mía.

J.—Mía.

R.—Mía, mía. Aquí mando yo.

J. (aparte).—Esta es la ocasión. Estoy temblando como un colegial. Me va á soltar una bofetada...

R.—Contesta: ¿con quién hablabas?

J. (aparte).—Valór: cerraré los ojos. (A ella:) No me hable usted; no me mire usted...; no me mire porque mis fuerzas flaquean... ¡Le digo que no me mire!...

R.—Pero ¿qué tienes?

J.—¿Qué tengo? Un secreto en el fondo del corazón; tan profundo, que irá conmigo á la tumba fría; tan grande, que me anonada... No me obligue usted á revelarlo.

R.—¿Has cometido un crimen?... ¿Has hecho una muerte?

J. (aparte).—La tuya, ladrona. (A ella:) ¡Peor!... No he hecho ninguna muerte, pero la haré; la haré si no me corresponden...

R.—¿Qué dices?

J.—Mi pecho alberga una pasión criminal... ¡Amo como un loco!...

R.—¿Eh?

J. (aparte).—¡La bofetada!... (A ella:) En mi pecho se ha introducido el amor como un ladrón. Primero, poco á poco; más de prisa, después; y, por último, con la velocidad de un expreso; avasallando mi corazón, trastornando mi mente, envenenando mi existencia, haciendo de mi vida una llama que me consume como la mecha de un quinqué... ¡Robustiana, yo te amo!...

R.—¡Jesús!

J.—Te amo, te idolatro, te venero... Tu figura de bayadera egipcia; tu talle

gentil, airoso, flexible, como la palma que ondula suavemente y modula dulcemente su ritmo eterno, se ha grabado para siempre en mi alma... Tu mirada, que tiene todas las glorias del cielo soñado, me hace pensar en las hurfies mahometanas; tu boquita, fresca y sonrosada, me convida á una ventura... Necesito decírtelo, alma mía...

R.—¿Yo, tu alma?

J. (pasional).—¡Mi alma!...

R.—¡Criminal!

J.—Quiero cometer el crimen de amarte de rodillas, como un ídolo... ¡Robustiana...: tu amor ó la muerte!...

R.—¡Muérete, muérete como un perro rabioso!... Muérete y calla, que no te oiga la hija de mis entrañas...

J.—¡Que me oiga! Ella tiene la culpa... Ha olvidado sus deberes de esposa, matando mi amor, y ha hecho que contemplara siempre, siempre, á todas horas todos los instantes, tu belleza, Robustiana, que ha encendido la llama de mi pasión inextinguible... Quiero arrojarme á tus plantas... ¡Mirame de rodillas! ¿Me amas?

R.—¡Pobre hija mía! ¡En qué manos ha caído!...

J.—Dame el sí... ¡No me hagas el más desgraciado de los hombres!... Que tus purpúreos labios me consuelen... ¡Gitana mía! Entorna tus bellos ojos ante este Romeo que espera la felicidad de su Julieta.

R.—Pero ¿estás loco? ¡Julio, hijo mío, vuelve en tí!...

J.—¡No vuelvo!

R.—Considera que soy la madre de tu mujer.

J.—No considero...

R.—Que tu amor es un crimen.

J.—Te amo.

R.—Tendré que tomar una resolución.

J.—Mejor.

R.—Me perderás para siempre... Me iré á Salamanca...

J.—¿De veras?

R.—Si sigues por ese camino, sí.

J.—Pues sigo.

R.—¿Tú quieres que me vaya?

J.—Sí... Digo, no... Tú no puedes abandonarme á mi desesperación.

R.—Pero ¿y mi hija, desventurado?

J.—Ni la conozco ni me importa. Tú eres la diosa de mis sueños; el faro venturoso que guía mis pasos... Amame, palomita mía, palomita blanca, palomita sin hiel...

R.—¡Un demonio!...

J. (aparte).—Eso eres tú...

R.—Vete, vete de mi presencia.

J.—¡Jamás!... Me tendrás siempre á tu lado, siempre implorando tu amor... ¡Robustiana!...

R.—¡Atrás, infame!

J.—Dame un abrazo...

R.—¡Atrás! No me hagas gritar; no hagas que se lo diga á mi hija. ¡Que quede entre nosotros! ¡Que ignore que eres un criminal! Me iré para evitarte el tormento de mi presencia...

J.—¡Mi vida!...

R. (yéndose por una lateral).—¡Pararás en presidio!... Abandono á mi hija en manos de un infame, de un perjurio; pero mi maldición, la maldición de una madre, caerá sobre tu cabeza... (Mutis.)

J.—¡Robustiana! ¡Robustiana!... ¡No me abandones!... ¡No me dejes triste y solo!... ¡Mi vida!... (Volviéndose. Transición.) ¡Ja, ja, ja! ¡Al fin, se marcha!... ¡Ya hace las maletas!... ¡Es infalible el curso!...

(Entra Pura por la otra puerta lateral, dirigiéndose á Julio, que pasea frotándose las manos alegremente.)

PURA.—¿Qué pasa? ¿Qué voces son esas?

(Continuará.)

FOTO grafías artísticas del natural. Catálogo detallado, 30 céntimos sellos de correo; con varias muestras surtidas, 4 pesetas, giro postal.

L. Leonard, sucesor

Calle Padua, Barcelona.

Agentes exclusivos en Suramérica,

MASIP Y COMPAÑIA

RIBADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Viuda de José Lerin

encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid (Abada, 22, tienda).

Establecimiento tipográfico de EL LIBERAL.

Biblioteca Regional de Madrid

PASTORA IMPERIO ■ : : LIBRO DE INTIMIDADES

UN TOMO EN 8.º DE 130 PÁGINAS, 2'50 PESETAS

CONTIENE ESTE LIBRO: «El relicario de sus confidencias». — «Cómo empezó á bailar Pastora». — «La gloria del *début*». — «Los dos duros más bendecidos». — «Por qué pasó á llamarse *Pastora Imperio*». — «Un célebre baile de máscara». — «Los comienzos de la *Fornarina*». — «Los amores de la *Imperio* y el *Gallo*». — «La *Imperio* sueña con ingresar en un convento». — «La *Imperio*, en su hogar». — «Su devoción por la Virgen de la Esperanza». — «Caridad hermosa», etc., etc. — Una magnífica portada y profusión de fotografías. — Se envía á provincias, certificado, por 3 pesetas en sellos de Correos, ó Giro Postal. — Los pedidos, con su importe, únicamente á **Antonio Ros**, librero, **Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid**.

Exportación por mayor de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero. — ON PARLE FRANÇAIS.

ANTES, EN EL LECHO CONYUGAL, Y DESPUES

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas**. Buenas librerías de España. En Madrid, Fe, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo, certificado, enviando 3 pesetas por Giro Postal á *Archivo*, Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. • Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en giro postal. Autuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar. Los pedidos con su importe, dirijanse únicamente á **Antonio Ros**, librero, **Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid** (casa fundada en 1896). — *Biblioteca privada*. — Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas. — *Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos á los señores libreros y corresponsales de España y América.*

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS

HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

ESTABLECIMIENTO

TIPOGRÁFICO DE "EL LIBERAL,"

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. —
" Memorias, etc., etc. "

Marqués de Cubas, 7.-Madrid